Año IX — Barcelona 17 de Abril de 1912 — Epoca 4.ª—Número 105

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

La República mesocrática

Con Lerroux la República tenía el programa radical:

«*Queremos una revolución que tenga su trascendencia en la* Gaceta *y en los gobiernos que el día de mañana el pueblo, por ministerio del sufragio universal, se dé á sí mismo.*»

Con Melquiades, tiene el programa reformista conservador:

«*Matrimonio civil, secularización de cementerios, escuela neutra, libertad de cultos, supresión del presupuesto de culto y clero, separación de la Iglesia y el Estado.*»

Bien mirado el programa radical y el reformista conservador son uno mismo, porque todo lo del segundo puede considerarse contenido en el primero, ya que todo ello puede tener «trascendencia en la *Gaceta* y en los gobiernos que votando se dé el pueblo,» aunque el radical quiera llegar á los indefinidos é indefinibles límites que separan lo posible de lo utópico, y el reformista conservador no quiera arriesgarse fuera de lo práctico, lo practicado y lo atávico.

Lo positivo es que la República española tiene ya ala izquierda y ala derecha y, como dice prudentemente Melquiades, puede ya volar con «un programa cuyo contenido constituye un todo orgánico de ideas, de procedimientos, de aspiraciones y de conducta,» y «en él encontrarán *ciertas* clases sociales las garantías que hoy exigen, la garantía de que la transformación política del régimen á que aspiramos no implica un atropello brutal de *ciertos* intereses, ni el menosprecio de la ley, ni mucho menos el imperio escandaloso de la turbulencia y del desorden».

Y lo raro del caso es que ese programa republicano de izquierda y de derecha, que sólo puede apasionar, no á hombres pensadores sino á votantes lerrouxistas ó melquiadistas, es el mismo de los gobernantes de la monarquía democrática, ya que, partiendo de la aceptación del sufragio universal, no puede haber diferencia fundamental ni doctrinal entre Maura y Melquiades, Lerroux y Canalejas, puesto que sobre su poder admiten teórica y constitucionalmente el voto popular, la soberanía del pueblo.

¿Es soberano el pueblo en los comicios? pues Maura, Canalejas, Melquiades y Lerroux, la monarquía y la república, han de acatar un voto favorable ó contrario del soberano colectivo: total igual, ó lo que es lo mismo, nada entre dos platos.

Ya no hay dudas: *ciertas* clases sociales y *ciertos* intereses pueden tener la seguridad de que en la república se hallarán tan á sus anchas como en la monarquía, Melquiades da su palabra; cosa que *ciertas* clases y *ciertos* intereses, ó las personas á quienes se refieren saben perfectamente, porque ya están enterados de cómo se tratan *ciertos* asuntos en todas las naciones, desde el absolutista imperio de Rusia con su suplemento de Siberia, hasta la democrática y federal República Argentina con su suplemento de Tierra del Fuego y con sus leyes excepcionales; suplementos destinados á *ciertas clases* perturbadoras que sueñan con el utópico derecho á la vida.

Pero ¿por qué hablar de *ciertas* clases sociales y no de *todas* las clases confundidas y constituídas fraternalmente en familia humana?

Pues, sencillamente, porque los emperadores de la democracia, por no decir los embaucadores de la burguesía y aspirantes á tiranos del pueblo, han decretado la abolición del artículo 1.º de la Declaración de los Derechos del Hombre; porque *ya no es verdad* que «todos los hombres nacen y permanecen libres é iguales en derechos», sino que, oid lo que dice Melquiades:

Hoy por hoy, quizás durante mucho tiempo, ha de ejercer una función directiva insustituible la mesocracia...

Pero ¿en qué quedamos? ¿*Mesocracia* (gobierno de los pobres por los ricos) ó *Democracia* (gobierno del pueblo por el pueblo?)

Pues sí, *mesocracia*, «porque, — como dice Melquiades, que sabe más que los filósofos y legisladores de la Revolución francesa,—la clase media, por un proceso económico perfectamente explicable y por una evolución política hecha principalmente en su favor, representa todavía dentro del Estado moderno la manifestación suprema de la cultura y el mayor número de los intereses». Afirmación coronada por los aplausos de los comensales, hombres de orden y que tienen que perder, y no quieren perder el tiempo en utopías socialistas, sindicalistas ni anarquistas.

Pero en contra de esa opinión de Melquiades, está la verdad, expuesta por mis compañeros de *El Porvenir del Obrero*, quienes aseguran que «la burguesía tiene ya realizada su misión histórica y está incapacitada para nuevos progresos en el terreno social;» y como Proudhon, que hace ya muchos años decía de la burguesía: «No hay ya energía en su conciencia, no hay ya autoridad en su pensamiento, no arde ya su corazón, no hay ya en ella más que la impotencia de la senectud y el frío de la muerte... Que la burguesía lo sepa ó lo ignore, su papel ha concluído: no irá ya más lejos, ni es posible que renazca».

Melquiades forma parte de la conjunción republicana socialista, de ella no quiere separarse y crea un nuevo partido precisamente para fortalecerla; es más, es socialista; pero, bien claro lo dijo, «no tiene fe en la dictadura proletaria con que sueñan algunos teorizantes del colectivismo marxista que, á nombre del poder público, constituyendo la última manifestación de vida del Estado burgués, habría de realizar lo que ellos llaman la expropiación legítima de los expropiadores».

No se sabe qué, acerca de esto, pensarán el partido obrero y su jefe, del orador y colega en Comité conjuncionista. Me han asegurado que al oir esas palabras se rascó la oreja Pablo Iglesias; porque la alusión no podía ser más directa: los obreristas aspiran, en efecto, á la conquista de los poderes públicos, y su caudillo y tribuno ha predicado esa dictadura, aunque no crea en ella ni piense alcanzarla, y por predicarla ha alcanzado el título y la consideración de jefe de un partido obrero que camina sin finalidad positiva por haberse empantanado en el cieno parlamentario.

No seguiré analizando: me basta, como queda hecho, con clavar en la picota del absurdo algunas afirmaciones faltas de lógica, de justicia y tal vez lo que sería peor, de sinceridad, para desengaño de trabajadores ilusos y aun de burgueses pancistas.

Ténganlo presente los trabajadores y aun los burgueses de poco pelo: lo que Melquiades quiere y con él la flor del parlamentarismo, monárquico ó republicano, es la conservación de la oligarquía mesocrática á la francesa.

Y en Francia está en vigor el programa de Melquiades; pero los trabajadores han de luchar rudamente por la vida, y el *trust* de los banqueros domina en la presidencia de la República, en los Ministerios y en el Parlamento. Y para ese viaje...

ANSELMO LORENZO

De Natura rerum

Ya están hechas las instalaciones reflectoras en diversos países y por diversos procedimientos, varios son los sabios comisionados para estudiar atentamente el paso de Marte, y no solamente para atender, sino contestar á las famosas señales que parece ser nos han hecho repetidas veces los habitantes del planeta Marte. Nada de *chirigotas*, ni de insulsas bromas de los hombres de ciencia: es un hecho cierto y verídico que, el día 24 de Septiembre de 1909, á las diez horas de la mañana, en que el citado astro se halló al mínimo de distancia de nuestro globo terráqueo y acuático (pues predomina en él, como es sabido el elemento líquido 3:1), nos fueron hechas *señales de atención*, y que fueron contestadas por el ilustradísimo profesor americano, director del Observatorio, C. Amberst, de Boston, Estados Unidos de Norte América... Los resultados espéranse con impaciencia por cuantos hombres de buena voluntad se sacrifican en aras del progreso. Parecerá paradoja; pero todas las religiones positivas sin distinción han tirado al degüello contra las altas mentalidades de cuantos hombres de genio han pretendido demostrar la posibilidad de otras humanidades. (¿Habrá acontecido lo propio en Marte?). Lucrecio, Giordano Bruno, Montaigne, Galileo, perseguidos, muertos ú obligados á retractarse públicamente de sus *errores*, y aun en nuestros días C. Flammarion, en su *Pluralidad de Mundos Habitados*, temiendo herir las susceptibilidades de los creyentes, fracasó en muchos de los puntos sobre que versa su grande obra; mas apercibido de esto, al dar su segunda edición, procuró, aunque tarde, subsanar este defecto y demostrar en su Nota A. del Apéndice (edición de 1887), que escribía, no solamente *para los crédulos*, sino que *para los incrédulos también*.

Como se observará, la pluralidad de los mundos habitados, no son entretenimientos cirianescos de sabios despreocupados, los peritísimos astrónomos comisionados para el estudio exclusivo de este asunto dará mejor una idea de la importancia que conceden al interplanetarismo. Varios son los puntos de vista que tenemos que tener presentes aparte del astronómico. ¿Qué humanidad, qué seres son los pobladores del planeta Marte? ¿Qué sistema social impera? ¿A qué altura de civilización y progreso se hallan? ¿....?

Siendo la materia una y universal, es de suponer que en condiciones análogas de atmósfera la Humanidad será también universal ó muy parecida en todos los astros susceptibles de ser habitados. Bastantes imperfectos los análisis espectroscópicos hasta la actualidad, no se ha podido determinar exactamente la composición atmosférica marciana, aunque si se ha podido observar existe íntima relación con los gases que componen la nuestra. ¿Sucederá lo mismo con sus *hombres*? Verdaderamente si su Humanidad fuere aún más perversa que la nuestra, más refinada la explotación y la injusticia, yo, por mi parte, lo digo sinceramente, me alegraría mucho el que no se consiguiera nunca el *ponerse al habla*.

En el planeta Tierra, Marzo 1912.

CONFERENCIA PÚBLICA

El domingo 21 del corriente, á las once de la mañana y en el Ateneo Barcelonés, el compañero Anselmo Lorenzo disertará sobre el tema

EL DERECHO Á LA SALUD

Esta conferencia forma parte de la serie que L'Institut Médich Social de Catalunya dedica á la cultura popular.

Cómo entendemos el sindicalismo

A pesar de haberse dicho mucho á propósito de la acción eficaz que en sí tiene el sindicalismo para la transformación del actual andamiaje social, no obstante hay quien trina contra el sindicalismo, negándole su verdadero valor revolucionario y tendencioso, por cuanto entendemos que la organización sindical del proletariado, debe ser esencialmente encaminado con rumbo hacia la sociedad comunista; por esto, pues, que á nuestro entender será el proletariado organizado el que desempeñará el principal papel en la próxima contienda revolucionaria que logrará dar por tierra con el presente orden de cosas.

Todas las grandes iniciativas, para que puedan dar resultados prácticos, es necesario que se lleven al efecto por medio de una organización seria y sólida, pues la asociación de fuerzas constituye la base fundamental é indispensable para el engrandecimiento y evolución de la vida.

Así como nuestros antepasados se organizaban para hacer que la existencia les fuera más llevadera por intermedio de los recursos que poseían en las épocas lejanas, como son la construcción de chozas ó los ensayos en la pesca y en la agricultura, como bien lo describe Eliseo Reclús, hoy también con más razón, pues, validos del grado de adelanto en que nos colocó el progreso, debemos organizarnos todos los proletarios del mundo, no solamente para adquirir simples mejoras momentáneas, sino también para destruir el actual régimen capitalista autoritario, á fin de plantear la era nueva donde la tierra y los instrumentos de trabajo no sean patrimonio exclusivo de una minoría privilegiada en detrimento de la mayoría productora, sino que por el contrario, nuestra organización sindical debe tender al planteamiento de la socialización de los medios de producción y de consumo, que equivale á decir, que todo lo que existe en el mundo conocido deberá pertenecer á todos los que le habitamos.

El Estado con todos sus engranajes, obstaculiza el libre desarrollo de la personalidad humana: por lo que demuestra que es la negación de la libertad; desde luego le incumbe al sindicalismo combatir diariamente al Estado autoritario para plantear los principios de la verdadera libertad sin trabas de ninguna especie.

Que el actual orden de cosas es injusto ni hay que discutirlo, puesto que todo el mundo lo ve y lo palpa, pero sus sostenedores están férreamente organizados para sostenerlo; entonces es menester oponerse contra el enemigo con otra organización destructora de la sociedad burguesa, y esa fuerza está ahí, pues, radicada en el sindicalismo revolucionario, orientado por la concepción filosófica más avanzada que señala la sociología moderna; único recurso salvador para el proletariado en esta época de desenfrenada opresión y tiranía.

El sindicalismo, además de ser un medio para luchar con ventajas contra el capital, para obtener mejoras morales y materiales, es á la vez un factor de evolución social, por cuanto en el seno de la organización sindical de los trabajadores, se trabaja diariamente por la renovación del sistema vigente; la sociedad obrera debe ser cátedra diaria, donde los obreros más capacitados deben enseñar á sus hermanos de fatigas la manera más práctica de hacer mejor llevadera la existencia, como al mismo tiempo es menester que en el sindicato obrero se divulguen las modernas corrientes sociológicas que constatan como es preciso que el hombre debe superarse para ser libre.

La asociación de los trabajadores, tiene un alto y humano fin que cumplir, el de dar á la infancia una educación que esté en concordancia con sus aspiraciones y finalidad, pues la enseñanza que suministra el Estado como la de la Iglesia, está en completa oposición al fin económico y social que persigue nuestro sindicalismo revolucionario, por cuanto la enseñanza suministrada por la Iglesia y el Estado, no tiene otro propósito que asegurarse su poder coercitivo; por cuanto la educación eclesiástica y estatal no tiende más que á hacer del niño de hoy, al defensor imperativo del actual orden de cosas en el día de mañana, á fin de que perdure eternamente la esclavitud del salario, perpetuando de esa manera la explotación del hombre por el hombre.

Puesto que la pedagogía moderna nos demuestra bien á las claras, que el «niño es una página en blanco, y que la escuela debe ser la encargada de llenarla», declaración ésta que demuestra que ninguna clase de instrucción está más en concordancia con los tiempos modernos y con el desarrollo del progreso científico, como la educación racionalista; desde luego es indispensable que la organización obrera preste todo el apoyo posible á esta clase de enseñanza, pues de la elevación intelectual de los pueblos, depende su propia libertad y bienestar.

El sindicalismo, á despecho de todos sus detractores, es un factor moralizador y de elevada perfección social; pues el obrero que se apasiona por su agrupación gremial se elimina de los vicios perniciosos, y se dedica al estudio de los problemas contemporáneos, alejándolo al mismo tiempo de la delincuencia, pues es cierto que el medio ambiente en que vivimos, lleva más de una vez al hombre al camino del crimen; pero no es menos verdad que la ignorancia y el exceso de trabajo son los factores más influyentes que gestan la delincuencia; y, es á eso á lo que va como aspiración primordial el sindicalismo, á desvanecer la ignorancia, y á rebajar la jornada de trabajo para sentar el respeto mutuo entre los hombres.

El sindicato obrero debe ser un poderoso auxiliar del desarrollo de las muchas ideas de libertad y de emancipación económica.

El sindicato obrero deberá ser un centro de progreso y de cultura en todo lo que se relacione con el desarrollo intelectual de los pueblos, pues tanto desde sus tribunas, como desde sus publicaciones, deben exponerse todas las ideas científicas y filosóficas, señalando á la humanidad nuevos horizontes de vida; orientando á los pueblos hacia una organización social superior, haciendo que desde luego se practique la solidaridad dentro de lo que sea posible para que se haga factible sin mayores dificultades al día siguiente de la desaparición del presente orden de cosas.

Es de esta manera que entendemos el sindicalismo, y por lo tanto creemos que los entorpecedores de su desarrollo, aunque no obren de mala fe, favorecen un tanto á la clase burguesa.

JOAQUÍN HUCHA

Montevideo.

El Trabajo

(Conclusión)

El trabajo de los especuladores del pueblo, no es trabajo verdadero, sino fiel antinomia del trabajo, ya que la labor de esos «chupópteros humanos» sólo consiste en el insaciable afán de que se hallan poseídos de apropiarse, sin reparar en medios, de todo cuanto la esquilmada clase obrera produce, viviendo en eterna y paradisiaca holganza, al par que pérfidamente cargan la aplastante losa de todos los «deberes sociales» y servicios de la patria nacional» sobre las magulladas espaldas del infeliz proletariado.

Por esto, porque el proletariado trabaja enormemente, y las clases privilegiadas no realizan otra labor apreciable que la de disipar y promover en el seno de la sociedad grandes discordias de corrupción y de muerte, es por lo que en el mundo no hay paz, libertad ni justicia.

Es, pues, evidente; mientras subsista en pie la gran anomalía, la anomalía tremenda de que, los estériles y los degenerados, engendros monstruosos surgidos al calor de la explotación del hombre por el hombre, dominen el orden social, no será posible que la Humanidad entre fraternalmente en el cielo glorioso del derecho y de la igualdad.

***

Los archimillonarios, los reyes del oro, los Samuel Sylvan, George William, Schwal, Vanderbilt y los Rotschilds, ¿qué han hecho de extraordinario, en qué obra magna se han ocupado, qué trabajo colosal han realizado que les permita justificar debidamente la acaparación de las inmensas riquezas, de las asombradoras millonadas de que son poseedores legal y privativamente?

¿Es que esos señores millonarios hayan abierto con el esfuerzo de sus brazos omnipotentes el itsmo de Suez, ó perforado siquiera el San Gotardo?...

No, ciertamente. Y si no han hecho nada de extraordinario en pro del desenvolvimiento de la civilización; si ni fueron los portentosos aplicadores del vapor y la electricidad al fomento de la industria y la locomoción en todas sus diversas manifestaciones, ni se les ocurrió, asimismo, «idear la dinamo» maravillosa; si, en fin, de nada útil al desarrollo del bien social son autores, ¿se nos quiere decir á título de qué justo derecho se hallan los llamados «reyes del oro» en posesión de «sus» cuantiosísimas fortunas?...

¿Que también los millonarios trabajan, se nos arguye? ¿Que exponen «sus fortunas» y mortifican «sus talentos» para impulsar en mil empresas colosales la fuerza de la producción? ¿Que ellos, los millonarios, son la providencia del progreso, pues que á su influjo se centuplican las fuentes de toda humana actividad?...

No lo creemos nosotros así, porque tales afirmaciones no son rigurosamente exactas.

Los reyes del oro no trabajan; sólo piensan en extender su dominio posesivo cuanto les sea posible. Luego los millonarios que se sindican formando «trust» para dominar el mundo, bajo el imperio de su férula ominosa, no pueden ser, no lo son, cierta é indiscutiblemente, la «providencia del progreso», porque el progreso, para desarrollarse benéfico y arrollarlo y transformarlo todo, en sus constantes ascensiones gloriosas hacia la perfección humanizadora por la libertad, ni es impulsado por los ricos, ni de providencias necesita.

La ciencia y el trabajo; hé ahí los verdaderos impulsores de todo progreso, civilización y libertad.

Y en cuanto á la afirmación de que los opulentos millonarios, enriquecidos seguramente en los agios inmorales de todos los Panamás habidos y por haber, «exponen sus inmensos capitales en las empresas del trabajo», eso no es tan cierto como á primera vista pudiera suponerse. Sólo el obrero es quien produce y expone su salud y su vida en beneficio de los patronos y para crear las inmensas fortunas de que los ricos se hallan en posesión.

Los obreros, trabajando mucho, incesantemente, producen todo, capital y riqueza, y viven, sin embargo, indigentes y postergados. Pero la sociedad moderna, á pesar de sus alardes de democracia y liberalismo, lejos de preocuparse en poner á cada uno en la libre posesión de lo que en justicia le corresponde, cuídase tan sólo en «especializar» fríamente, con frialdad refinada, los nuevos procedimientos de explotación y secuestro de los productos de trabajo, haciendo vivir en la negra esclavitud pasiva del autómata, á las masas del pueblo laborioso que se agitan insensibles en su tremenda miseria.

«Ya no se mata al hombre de golpe y porrazo—escribe G. Clemenceau—se le desgasta. De la actividad del individuo, cada uno procura quedarse con el beneficio, dejando únicamente al que se esfuerza en producir, la parte de vida necesaria para continuar produciendo. Ya no se tiene la «piedad de matar»; se alarga la vida del individuo, para sacar mayor ventaja del suplicio de la vida prolongada. Se atormenta el nervio, se galvaniza el músculo del vencido, para robustecer el nervio y el músculo del vencedor».

Así es, efectivamente. Con la sangre de los trabajadores nutren sus músculos los vampiros capitalistas y engorda que es una verdadera maravilla toda la turbamulta honorable y «dorada», excelentísima y «superior» que nos deslumbra con sus lujos sardanapalescos y nos insulta con sus inmensas harturas...

***

Sábese al presente, de manera positiva é indiscutible, «que toda riqueza es trabajo acumulado y no pagado á sus legítimos generadores los obreros»; que la magnificencia despliega ante nuestra vista por los poderosos disipadores que nos «gobiernan» y explotan, supone el «pan arrebatado legalmente» á millones de víctimas de la explotación mesocrática; que los ricos diamantes, las finas sedas y las valiosas joyas artísticas que adornan y embellecen las «ideales formas de las espirituales burguesas opulentas», no representan otra cosa que mares de acerbas lágrimas y torrentes de sudor y de sangre, vertidos copiosamente por los innumerables mártires que la avaricia egoísta é inhumana de los explotadores, sacrifican diariamente en las bárbaras glebas de la explotación. Pero aunque todo esto se sabe de modo indefectible, aunque ya nadie ignora tanta abominación, é infamia tanta, á pesar de las hipócritas protestas de humanitarismo y piadosa filantropía de que el mundo de los satisfechos hace ostentoso alarde; á pesar, repetimos, de vivir bajo los santificados auspicios de una «sociedad dementísima, eminentemente cristiana», explotadores, fanatizadores y tiranos, reyes, obispos y magnates, todos, todos cuantos viven sobre los hombros del pueblo laborioso, continúan con placidez dulcísima disfrutando tranquilamente, sin escrúpulos de conciencia, de sus mal adquiridas riquezas y usurpados privilegios; y, hasta el mismo Papa romano, opulento representante del humilde Jesús de Nazaret, hasta el áureo Sumo Pontífice católico, no obstante la doctrina cristiana del desprecio á los bienes de este mundo miserable», complácese en acaparar terrenales riquezas, en esquilmar á las mansas ovejas creyentes, para poder así gastar «mezquina y cristianamente, más de quince mil miserables pesetas diarias, en las atenciones de su seráfica persona», calzando sus pies de soberano sacrosanto con sandalias de una riqueza imponderable, y cubriendo su deificada cabeza de infalible, con una soberbia tiara que vale infinidad de miles de duros...

Y en medio del general malestar provocado por tanta y tan impía monstruosidad, cuando todo parece estar en inminencia de llegar al final resultado, merced á la gran revolución que, próxima á estallar, ciérnese pavorosa sobre nuestra cabeza, los adversarios de todo bien social, los que, en su calidad de «superiores», se arrogan la misión de dirigirnos y el derecho de explotarnos, háblannos con persistencia procaz de armonías imposibles entre el capital y el trabajo...